
Jordi Nadal i Oller (1929-2020): esfuerzo newtoniano, conciencia profética



En 1675 Isaac Newton escribió: «If I have seen further it is by standing on the shoulders of Giants». La paternidad de la metáfora suele atribuirse al descubridor de las leyes de la mecánica clásica y responsable de la Casa de la Moneda de Londres. Pero la realidad es que la idea fue mucho antes utilizada por el filósofo francés Bernard de Chartres, el talmudista hebreo Isaiah ben Mali di Triani e, incluso, el gramático latino Prisciano de Cesarea. En la actualidad ha sido adoptada como emblema del buscador de obra científica, Google Scholar. Esta concepción milenaria de la ciencia describe adecuadamente el carácter acumulativo del conocimiento de vanguardia. Encaja muy bien en la trayectoria científica de Jordi Nadal, quien supo desplazar la frontera del saber gracias a apoyarse en los esfuerzos de las generaciones anteriores y, a su vez, se transmutó en nuevo gigante, desde cuyos hombros pudieron descubrirse nuevos territorios para el conocimiento.

El hijo sexto (y hermano gemelo) de una familia de fabricantes del distrito corchero de la Costa Brava, nació en Cassà de la Selva en 1929. Como estudiante de la Universitat de Barcelona, quedó deslumbrado al conocer al gigante Jaume Vicens Vives en 1948 y, desde entonces y aprendiendo a su lado, vislumbró fértiles tierras incógnitas para la historia económica. Un mínimo de siete virtudes compartió con su gran maestro. Primeramente, ambos veneraban la docencia de calidad, según Nadal, primera obligación de un profesor universitario y funcionario público. El discípulo ayudó al maestro en la elaboración de su *Manual de Historia Económica de España*, un ambicioso texto publicado por vez primera por Teide en Barcelona en 1959, cuyo ingente conocimiento acumulado aguanta bien el paso del tiempo. El texto fue reimpreso en multitud de ediciones y contó con una traducción inglesa publicada en Princeton en 1969.

En segundo lugar, tanto Vicens como Nadal destinaron muchísimas horas de sus vidas al trabajo de archivo. Sus hipótesis surgieron de los documentos y buscaron con tesón evidencia archivística para sustentarlas hasta el final de sus vidas. En tercer término, los dos quisieron descubrir las raíces industriales de la sociedad contemporánea. El maestro abrió el camino con su texto *Industrials i polítics (segle XIX)* de 1958 y el discípulo dedicó a dicho cometido el grueso de su obra.

Además, ambos compartieron su amor por Cataluña, interés por España y una honda voluntad de proyección al exterior, especialmente hacia los países del Mediterráneo. Si el primero sobresalió en los congresos mundiales de historia y en los de la Corona de Aragón, codeándose con Fernand Braudel, Pierre Vilar o John Elliott, Nadal colaboró con Carlo Cipolla, Georges Duby, Giorgio Mori o Albert Broder.

En quinto lugar, la pasión por los mapas asimismo unió al maestro y al discípulo. El de Girona cartografió la historia del continente europeo en los duros tiempos del Primer Franquismo, mientras que el de Cassà concibió los magnos atlas de industrialización de España y Cataluña en los albores del siglo XXI. Además, ambos cristalizaron su devoción por la letra impresa e impulsaron la creación de sendas publicaciones periódicas a las que volcaron ingentes cantidades de tiempo y esfuerzo: el *Índice Histórico Español* y la *Revista de Historia Industrial*.

Por último y no menos importante, ambos fueron capaces de crear escuela y contaron con una legión de discípulos que intentaron desarrollar y, en ocasiones, corregir sus hipótesis. Precisamente, el aprendizaje junto a otros discípulos de Vicens permitió a Nadal discutir sus hallazgos y enriquecer sus planteamientos. Tuvo el privilegio de formarse con colegas de excelencia como Josep Fontana, Emili Giralt, Joan Reglà o Joan Mercader.

Aunque Vicens fue el principal gigante que influyó a Nadal, nunca fue el único. José Luis García Delgado destacó, en una de sus entrevistas al maestro de Cassà, la admiración que este guardaba por el rigor analítico de Pierre Vilar. Por otra parte, en una memorable fotografía que publicó Josep Fontana en los dos volúmenes de homenaje realizados desde la Universitat de Barcelona y editados por Albert Carreras, Pere Pascual, David Reher y Carles Sudrià, se puede ver al joven Nadal con otros auténticos *homenots* del pensamiento, a quienes profesaba una honda devoción: Josep Pla, Joan Fuster o Joan Sardà.

La obra de Nadal fue polivalente y no especializada. Podrían detectarse cinco líneas de nervio investigador que acabaron por alumbrar sus textos fundamentales. Una primigenia línea de su trabajo fue la historia demográfica, comenzando por su tesis doctoral sobre la inmigración francesa en la Cataluña de los siglos XVI y XVII, que daría lugar a un libro realizado con Giralt, prorrogado por el mismo Braudel y publicado en París en 1960. Otro hito de

esta trayectoria fue la hoy obra clásica: *La población española, siglos XVI a XX*, Ariel, 1966. El también historiador Joaquim Nadal i Farreras confesó haberse familiarizado con el oficio, yendo a contar muertos para su tío desde Girona a Palamós. En el libro de 1982, que el sobrino coeditó con Philippe Wolff, *Histoire de la Catalogne*, Nadal i Oller contribuyó con el capítulo, «La vraie richesse: les hommes». Diez años más tarde, una parte significativa de esta línea de investigación fue recogida en *Bautismos, desposorios y entierros*, Ariel, Barcelona, 1992.

Durante el tramo inicial de su vida investigadora Jordi Nadal quiso asimismo aclarar las claves históricas del desarrollo económico durante el auge de la España imperial, intentando cuestionar la posición de Earl Hamilton sobre la revolución de los precios del siglo XVI. Volvió a ese tema ya en su etapa de madurez, con su libro *España en su cénit (1516-1598)*, Crítica, Barcelona, 2001.

Pero, sin lugar a dudas, la línea de trabajo, más prolífica y característica de la investigación ha sido la historia industrial. El hito fundacional de esta singladura fue la publicación del ensayo sobre la industria siderúrgica, que iluminaba el malogrado episodio malagueño y aparecería en la obra colectiva, *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*, impulsada desde el Banco de España, Madrid, 1970. Tres años más tarde, vio la luz, en *The Fontana Economic History of Europe*, el capítulo «The failure of Industrial Revolution in Spain, 1814-1913», William Collins, Glasgow, que le fue encargado por Carlo Cipolla. Este texto anunciaba lo que se convertiría en el *blockbuster* de las obras de Nadal, *El fracaso de la Revolución Industrial en España*, Ariel, 1975, y el libro cuenta con cerca de un millar de citas en Google Scholar. Al año siguiente publicó, con Josep Fontana, su segunda entrega para la historia económica de Cipolla, «Spain, 1914-1970».

La preocupación de Nadal sobre el progreso industrial de España no dejó de aumentar a lo largo de su vida. En 1984 publicó «Il fallimento de la rivoluzione industriale in Spagna», dentro de la obra colectiva *La rivoluzione industriale tra il settecento e l'ottocento*, Mondadori, Milano. Dos años más tarde, apareció su artículo sobre «La debilidad de la industria química en España: un problema de demanda», en *Moneda y Crédito*. Junto a Albert Carreras, Pablo Martín Aceña y Francisco Comín, publicó *España 200 años de tecnología*, Ministerio de Industria, Madrid, 1988. Posteriormente, editó con Jordi Catalan, *La cara oculta de la industrialización española*, Alianza, 1994. Cuatro años después, publicó con Álex Sánchez el artículo «En los orígenes del éxito algodoneero catalán», recogido en el libro *De la Fibre à la Fripe. Le textile méditerranéenne et l'Europe méditerranéenne (s. XVIII-XX)*, editado por Geneviève Gavignaud-Fontaine e imprimido por la Université Paul Valéry de Montpellier.

En 2003 impulsó, con la ayuda de Carles Sudrià y, sobre todo, el muy añorado Josep Maria Benaul, el *Atlas de la Industrialización Española, 1750-2020*,

obra colectiva bajo su dirección y en la que participaron los principales especialistas de la historia industrial hispana y que publicó Crítica en Barcelona. Ese mismo año abordó el impacto de la alfabetización en el desarrollo industrial de España en un volumen de homenaje a Giorgio Mori, editado en Italia por Anna Maria Falchero, Andrea Giuntini y Luciano Segreto. Nueve años después salió de las prensas el *Atles de la industrialització a Catalunya, 1750-2012*, fruto asimismo de la inquietud intelectual del maestro. Y en el año mismo de su muerte, todavía nos legó el formidable, *La Hispano-Suiza: Esplendor y ruina de una empresa legendaria*, publicado por Pasado y Presente en Barcelona a principios de 2020.

Una cuarta línea investigadora, estrechamente vinculada a la anterior y cultivada por Nadal, fue la historia empresarial. Coincidió con el gran economista austríaco Joseph Alois Schumpeter, en su preocupación por entender el rol del empresario como agente innovador y propulsor de la destrucción creativa. De ahí que dedicara importantes trabajos a analizar las vidas de capitanes de industria como los Bonaplata, Girona (con Josefina Domènech), Planas y a sociedades como La Rambla de Vilanova (con Enric Ribas), La Maquinista Terrestre y Marítima, La Caixa de Pensions (con Carles Sudrià) o La Farga Lacambra (con Pere Pascual). Una vez, en el II Congreso de Historia Económica de América Latina en Montevideo, un ponente apuntaba un supuesto retraso en el surgimiento de la historia empresarial en España respecto a la latinoamericana, que en aquel momento despuntaba. Nadal no asistía a aquel encuentro, pero se levantó uno de sus discípulos, el castellano viejo Javier Moreno, e hizo enmudecer al ponente, recordando el trabajo seminal de historia empresarial sobre las tres generaciones de Bonaplata, que publicó el maestro en la *Revista de Historia Económica* en 1983.

Por último, como otro gran historiador económico británico, Sidney Pollard, Nadal concibió la industrialización como un fenómeno de carácter regional y a su análisis dedicó lo que podemos considerar la quinta línea de su interés investigador. De ahí salió un texto clásico como «Industrialización y desindustrialización del Sureste español», publicado en *Moneda y Crédito* ya en la fecha temprana de 1972. En esta dirección también figuraría *Catalunya, la fàbrica d'Espanya*, producto de una exposición encargada por Narcís Serra (a quien Nadal había enviado años antes a estudiar a Aix-en-Provence) o «Los dos abortos de la industrialización en Andalucía», para la historia de la región dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, Barcelona, 1984. Además, Nadal escribió un trabajo, publicado originariamente en 1987 en la revista *Recerques* e inspirado en investigación previa del malogrado Ernest Lluch, que presentaba nueva evidencia en favor de la vía específica a la industrialización del País Valenciano. También editó con Albert Carreras, *Pautas regionales de la industrialización española*, Ariel, Barcelona, 1988. Con Xavier Tafunell, escribió *Sant Martí de Provençals, pulmó industrial de Barcelona (1847-1992)*, Co-

lumna, 1992. Dicha línea prosiguió ya en el siglo XXI con *El empeño industrial de Galicia: 250 años de historia, 1750-200*, escrito con Xan Carmona e impreso bajo el patrocinio de la Fundación Pedro Barrié de la Maza en 2005. Los dos atlas reflejarían bien, y harían culminar, dicha preocupación historiográfica *nadaliana*. En 2014, todavía dedicó a la Ciudad Condal el artículo «Barcelona, emporio mediterráneo, atlántico y asiático (?), sucesivamente», en la obra colectiva, *Llibre blanc. Barcelona, capital d'un nou estat*, Ajuntament de Barcelona.

La obra de Nadal sobresalió por su ambición intelectual. Era enemigo de las modas e iba a captar las realidades profundas. No necesitaba pisar el terreno a ningún colega, como ahora suele ser cada vez más habitual. Los grandes filones investigadores que descubrió le sirvieron para ir aportando novedades hasta los últimos días de su vida. Su buen olfato se apoyó en su conocimiento enciclopédico, producto de su formación en el Liceo Francés de Barcelona (donde, asimismo, se educaron otros gigantes de las ciencias sociales, como Joaquim Muns o Salvador Giner). Dicho aprendizaje unido a la impagable experiencia de haber ayudado a Vicens, le debieron servir para reforzar su independencia de criterio, espíritu crítico y brillantez de las ideas. La pulcritud de su lenguaje, tanto oral como escrito, fue otro de sus puntos fuertes, atribuible, de una parte, a dicha formación, pero, tanto o más, a su inagotable autoexigencia. Y, contra lo que a veces piensan quienes no han leído sus obras, Nadal destilaba un sentido del humor cáustico, inteligente, que comparten los del Gironès y la Selva con sus vecinos ampurdaneses.

Su obra logró trascender a la propia letra impresa, que, como él mismo dijo, solía producir alergia en España. Administró las becas de la Université Méditerranéenne d'Eté, impulsada por Georges Duby, y su buen olfato no solo descubrió futuros historiadores, economistas y políticos, sino que incluso llegó a propiciar que el cantante Raimon conociera a la que sería su compañera de por vida. Participó junto a Joan Sardà y Antoni Serra Ramoneda en los inicios de la Universitat Autònoma de Barcelona. Una vez restablecida la Generalitat de Catalunya, sus gestiones dieron lugar a la creación del Institut d'Estudis Demogràfics, que iba a ser pilotado con brillantez por Anna Cabré. Refundó el Departamento de Historia Económica de la UB y creó la *Revista de Historia Industrial*, que se convertiría en la plataforma intelectual de los historiadores económicos que concebimos el sistema de fábrica como el motor principal de desarrollo en el largo plazo.

A diferencia de otros estudiosos catalanes, la obra de Nadal tuvo eco profundo mucho más allá de las lindes del antiguo Principado. El maestro de Cassà consiguió crear escuela y dejar una profunda huella intelectual a lo largo del territorio peninsular. Una aproximación a su impacto puede obtenerse ojeando los ya comentados volúmenes de homenaje de 1999 coordinados por Miquel Gutiérrez. Solo entre los participantes de universidades madrile-

ñas se contaban ya trece académicos, con presencias tan relevantes como Vicente Pérez Moreda, Paco Comín, Antonio Gómez Mendoza, José Luis García Delgado, Enrique Llopis, Núria Puig o Elena San Román. A continuación, figuraban los académicos valencianos, con ocho especialistas y figuras destacadas de la historia económica, como Jordi Palafox, Antonio Escudero, Carlos Barciela o Salvador Almenar. Su impronta en Andalucía venía representada por cinco estudiosos de la talla de Antonio María Bernal, Manuel Martín Rodríguez o, el también fallecido demasiado tempranamente, Antonio Parejo. Cinco contribuciones procedían de Aragón (con José María Serrano, Luis Germán o Domingo Gallego, encabezando al Grupo de Estudios de Historia Rural). Tres discípulos gallegos de excelencia (como Xan Carmoña o Luis Alonso) y otros tres colegas murcianos (con María Teresa Pérez Picazo o José Miguel Martínez Carrión). Del País Vasco participaron Emiliano Fernández de Pinedo y Jesús María Valdalisó. Incluso, y pese a su modesto peso demográfico, las comunidades insulares fueron representadas por Carles Manera y Antonio Macías. La gran mayoría de quienes contribuyeron (y hemos evitado mencionar a los catalanes de las cuatro provincias) enseñan a lo largo de la Piel de Toro y han formado a nuevas hornadas de economistas e historiadores familiarizados con los planteamientos *nadalianos*.

Una vez revisada, a vuelo de pájaro, la obra de Jordi Nadal, queden las últimas líneas de esta evocación para recordar algunos rasgos de su persona. El maestro de Cassà mostró a lo largo de su vida la rebeldía y el espíritu crítico, que el libro más vendido de la historia, la Biblia, atribuye a los profetas.

Nadal, desde su infancia, tuvo una minusvalía, que no lo predisponía para el brutal éxito que acabó teniendo en la academia. Su relativa sordera pudiera haberle cerrado el paso al aprendizaje y a la enseñanza. Pero gracias a la ayuda de su madre, Ángela, que hizo importar un audífono de grandes dimensiones cuando estos eran una rareza en España, y a su indomable voluntad, hizo la carrera que hemos descrito.

Sus orígenes burgueses, de industriales establecidos en Reims, tampoco le predisponían para una trayectoria académica. Su padre quería que fuera notario. Como nos explicó Joaquim Nadal, en el seno de su familia y durante muchos años, fue conocido como el *tío pobre*. Pero Jordi se rebeló ante el destino que se le había asignado y en lugar de jurisconsulto abrazó la profesión de historiador. Durante parte de su vida sería, en efecto, el pobre de entre los que sentaban a degustar la comida de Navidad.

Incluso tuvo que luchar contra un miembro del jurado, escogido para valorar su tesis doctoral. El hallazgo de Nadal era demasiado revolucionario para que algunos pudieran aceptarlo: ¡inmigrantes del Midi en una época de supuesta decadencia de la economía catalana! Dicho componente de la comisión se negó a creerlo y se opuso a que le fuera otorgada la calificación máxi-

ma. Por consiguiente, el futuro catedrático tuvo que cerrar su doctorado con una calificación de apenas Notable. Pero él no se amedrentó. Ningún tribunal debe atemorizar tampoco hoy a las nuevas generaciones de científicos que cuestionen el paradigma dominante.

Después de la prematura muerte de Jaume Vicens, su ayudante Nadal tenía una gran probabilidad de ganar el concurso para la vacante de plaza, pero no fue así. Él mismo contaba que, otro de los aspirantes, lo denunció a la policía como antifranquista. Nadal tuvo que esconderse y el denunciante, con parentela directa entre las autoridades locales del régimen, obtuvo la plaza. El propio Nadal tuvo que convertirse en emigrante, aunque con destino hacia la tierra, siempre amada, de València, donde ganó cátedra en 1967.

En 1970, con Joan Sardà y Antoni Serra Ramoneda, impulsó la creación de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Volvió a desempeñar un cargo institucional como vicerrector de Josep Laporte durante 1977. Pero siempre duró poco al frente de los máximos órganos de representación universitaria por su tendencia a decir la verdad y a enfrentarse con los grupos de presión. Mucho más tarde, ya bien entrado el siglo XXI, cuando fue propuesto para doctor honoris causa de la UAB por los colegas de Bellaterra, el Departamento de Economía e Historia Económica de dicha universidad, dominado ya por los llamados *minesotos*, rechazó la propuesta (de manera parecida a lo que pasó en la Facultad de Historia de la misma universidad con Josep Fontana). Tuvo que ser la Universitat Pompeu Fabra, a propuesta de Albert Carreras y Andreu Mas-Colell, quien le concediera su honoris causa, a modo de desagravio. Las de Girona y Almería, por su parte, le otorgaron, asimismo, equivalente distinción.

La sectaria mezquindad de algunos ignorantes no impidió que el doctor Nadal acabase acumulando numerosas y significativas distinciones externas. París lo nombró, primero, Chevallier y luego, Commandeur de l'Ordre des Palmes Accadémiques, además de concederle un honoris causa por la Université de Val-de-Marne. Madrid le otorgó la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y el Premio Nacional de Investigación Pascual Madoz. Barcelona le concedió las medallas al mérito científico Narcís Monturiol de la Generalitat y la áurea del Ayuntamiento.

Pero el profundo compromiso ético de Jordi Nadal le impedía callar frente a cualquier poderoso. Le recordamos ante Jordi Pujol subrayando el carácter mestizo del pueblo catalán, lo que inquietó apreciablemente al máximo responsable del gobierno catalán. Asimismo, recordamos al presidente José Montilla en una situación similar cuando, compartiendo mesa en el Palau de la Generalitat, Nadal comparó a los políticos del momento con las bandas de bandoleros, *nyerros* y *cadells*, del siglo XVII. Como los profetas del Antiguo Testamento, Nadal desempeñó siempre un papel de conciencia crítica frente a los gobernantes.

No sería justo acabar esta semblanza póstuma del maestro, sin recordar a tres mujeres que fueron muy importantes en la vida de Jordi Nadal i Oller y, sin las cuales, la trayectoria del maestro, probablemente, habría sido muy distinta. La primera fue su madre, Àngela Oller, quien, como ya hemos indicado, jugó un papel decisivo para evitar que la sordera incapacitara a Jordi para realizar un aprendizaje normal. La segunda fue la madre de sus hijos, Maria Antònia Segalà, quien le acompañó durante su época de juventud. Gracias a su primer matrimonio, Nadal pudo beneficiarse de estabilidad familiar y contar entre sus descendientes directos a Laia, Miquel y Roger, quienes le colmaron de alegrías y nietos. Por último, desde los años ochenta y en su plena madurez, disfrutó de la inteligencia y afabilidad de su segunda esposa, Fina Domènech, quien fue el gran amor de su vida. Con ella compartió, asimismo, la afinidad por la historia y esta le fue de incalculable ayuda en las obras del tramo final de su vida.

Sus discípulos del Departament d'Història Econòmica de la UB, que contribuyó a sanear y convertir en una de las referencias obligadas en la investigación en ciencias sociales de la península, lo recordamos asimismo como hombre exigente y apasionado. Su exigencia comenzaba aplicándosela a sí mismo, como sabe cualquiera que haya discutido textos con él. Su pasión por el conocimiento iba ligada a su tremenda curiosidad intelectual, que lo llevaba siempre a inquirir. Una faceta de esta pulsión fueron las excursiones de visita a instalaciones industriales, donde sus preguntas nunca dejaban de sorprender. Recordaremos para siempre los sugestivos recorridos por las minas de Riotinto, la ría del Nervión, los altos hornos asturianos, las harineras palentinas, los criaderos gallegos de marisco o los molinos y fábricas de papel de Capellades.

Nadal nos lega un centenar largo de títulos de investigación original, rompedora y de excelencia. Uno de los historiadores económicos ibéricos hoy más citado, Leandro Prados de la Escosura, declaró al periodista Magí Camps de *La Vanguardia* al poco del deceso de Nadal: «Fue posiblemente el historiador económico español más importante del siglo XX». Por su parte, Nadal mismo nos había dicho algunas veces: «En Fontana és el millor de tots!». Si le hubiera oído, probablemente el historiador del Poble Sec se hubiera sonrojado y desmentido. Fuera quien fuese el mejor, los tres han sido gigantes newtonianos. Para quienes nos consideramos sus discípulos, no nos queda ninguna duda de que Nadal iluminó la verdad con una obra robusta y relevante, y removió las conciencias de los gobernantes para intentar conseguir un mundo más justo.

JORDI CATALAN

Este escrito lo firman también MIQUEL GUTIÉRREZ,
ÀLEX SÁNCHEZ y CARLES SUDRIÀ